

Me llamo
REBEL

Me llamo **REBEL**

ROSS MONTGOMERY

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Publicado por primera vez en inglés por Walker Books Ltd. bajo el título: *I Am Rebel*
© 2024, del texto, Ross Montgomery
© 2025, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti
Traducido gracias al acuerdo con Rogers, Coleridge and White Ltd.

Ilustración de cubierta: Keith Robinson
Diseño de cubierta: Emma Camacho
Maquetación: Babel Grafistes

ISBN: 979-13-87574-35-2
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 5.785-2025

© de esta edición, 2025 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: noviembre de 2025
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq., 08010 Barcelona
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*«Eres responsable de por vida
de aquello que has domesticado».*

El Principito

Antoine de Saint-Exupéry

EL ÚLTIMO
DÍA PERFECTO

1

CASA

El día empieza exactamente como tiene que ser.

Es verano, y el amanecer asoma la nariz por entre las cortinas. Nuestra cama aún está caliente por haber dormido en ella. Oigo el cacarear de un gallo fuera, en la granja. Huelo beicon abajo, y oigo las sartenes en el fogón y a los padres de Tom susurrando con voces dormidas.

Desde el momento en que me despierto sé que hoy va a ser un día perfecto.

Tom sigue roncando. Me levanto, me agito para sacarme el sueño de encima y voy husmeando hasta él. Por la mañana, aún somnoliento y calentito, es cuando más huele a sí mismo: puro Tom.

Esa es mi primera labor: despertarlo. Lo hago lamiéndole la cara. Me encanta lamerle la cara. Es lo mejor del día.

—¡Puaj! ¡Qué asco, Rebel! —protesta.

Ese soy yo. Soy Rebel. Es como me llamó Tom. Se aparta las babas de la cara y me acerca más con un abrazo. Me encanta que lo haga.

—Chucho viejo —masculla.

Llegados a este punto, mejor aclarar que, en efecto, soy un perro.

Pero no soy viejo: solo tengo cinco años. Y no soy solo un chucho. Soy un buen chico. Lo sé porque Tom siempre me lo dice y Tom lo sabe todo.

El caso es que no podemos quedarnos aquí en la cama. ¡Tenemos mucho que hacer! Normalmente espero a Tom antes de ir a ninguna parte, pero el aroma a beicon significa que igual queda algún trocito abandonado en la cocina, y para mí es importante comprobarlo. Salto de la cama, bajo las escaleras corriendo y avanzo en silencio por las baldosas.

Ahí está Papá, sentado a la mesa y ya vestido para trabajar en la granja. Al pasar le olfateo la ropa, llena de olor a lana

de oveja y leche agria y barro. Me gusta ese olor. Mamá está muy concentrada en el fogón. Se limpia las manos en el delantal y coge una gran tetera de cobre. Huele a té y a jabón y a patatas y a gachas y a cordero y salsa, todo a la vez. Ese olor me gusta aún más.

—¡Ay, Rebel! —Mamá simula voz de enfado y me hace un gesto para que me vaya—. Ten y déjame en paz, ¿vale?

Coge algo de la sartén y lo tira al suelo. ¡Beicon! ¡Sí, sí, sí, sí, sí! Lo devoro ahí mismo, ahumado y succulento, con la grasa aún crepitante y caliente como para quemarme la lengua.

Tenía razón. Sabía que iba a ser un día perfecto.

Tom baja, frotándose los ojos. Los tres se sientan al espeso olor de la cocina y comen en silencio antes de comenzar la jornada. No me permiten encaramarme a la mesa a rogar comida, pero, si me escondo bajo la silla de Tom, él me va pasando restos a escondidas, sin que lo vean. Es el mejor momento del día.

—Gracias —le digo—. Te quiero.

Cuando le hablo, Tom no me entiende. Cree que solo estoy ladrando o gruñendo, aunque me parece que en el fondo

sí que sabe lo que le digo, igual que yo sé que él me quiere cuando me acaricia la cabeza o el lomo o me sonrío. Siempre ha sido así. No necesitamos palabras.

El gallo vuelve a cacarear y Papá se levanta de la mesa.

—Vamos, chico, que no se nos pase lo mejor del día —repite eso mismo cada mañana.

—Vale, vale —dice Tom con un suspiro.

También es lo mismo que le contesta cada mañana.

Se acaba el desayuno a grandes bocados y hacemos una carrera hasta fuera. Todo se funde en un gran y precioso momento: el sol que asoma sobre los campos, los primeros olores de la granja, los primeros dedos del viento que se cuelean por entre las montañas, el largo día que se extiende ante nosotros.

Antes me he equivocado: el mejor momento es este, el de ver la granja y recordar la suerte que tengo de estar aquí.

Me encanta la granja. He vivido en ella siempre, desde que Tom me encontró cuando yo era un cachorro y me llevó a casa a vivir con él. Nunca he salido. Ni una sola vez. Ni siquiera he atravesado la puerta de la verja.

En la granja, cada día es igual al anterior. Primero vamos al Campo de Abajo, a ver cómo les va a las ovejas. Tom y Mamá y Papá son ganaderos. Tom dice que por aquí todo el mundo tiene ovejas. La gente vive de hacer ropa con la lana de las ovejas y vender su leche y su queso. Estos últimos años las cosas se han puesto más difíciles debido a los impuestos que sigue cobrando el rey. Tom y Papá se ponen a ordeñar y esquilar, y yo doy una vuelta a ver cómo están todos.

—¡Buenos días, Agnes! ¿Qué tal la pezuña, Beth? ¿Qué bien se te ve hoy, Kitty!

—Tenemos hambre —contestan las ovejas—. Tenemos hambre, tenemos hambre, tenemos hambre.

La conversación no da para más. Las ovejas nunca tienen mucho que decir, pero me gusta hablar con ellas igualmente. Ser educado no cuesta nada.

Sé que como perro pastor yo tampoco soy gran cosa. Soy pequeño, tengo las patas gruesas, no puedo correr mucho y mis ladridos no dan miedo. Papá siempre dice que ojalá Tom hubiese encontrado un perro de granja como

Dios manda en vez de a un viejales flacucho como yo, pero sé que no lo piensa en serio: cuando nadie mira, me rasca por detrás de las orejas y me susurra que soy el mejor perro del mundo.

El Campo de Abajo es donde acostumbro a ver a Priscilla, dormitando bajo un árbol. Priscilla es la gata de la granja. No se le permite entrar en la casa —si lo hace, Mamá la echa blandiendo un atizador—, así que ha vivido fuera toda su vida. Huele a polvo y a flores viejas.

—¡Buenos días, Priscilla! —la saludo alegremente.

—Lárgate —murmura ella. Siempre es así.

—Qué buen día hace, ¿verdad?

Abre un ojo amarillento y se me queda mirando.

—¿Un buen día para qué?

Eso me hace pararme a pensar un momento.

—No sé, para todo.

—¡Vamos, Rebel! —grita Tom.

¡Tom me necesita! Soy un buen perro, así que siempre acudo cuando me llama. Echo a correr. Priscilla suelta una risita sarcástica.

—¡Corre, perro de granja, que tu dueño te espera!

Me detengo de nuevo. No me hace ninguna gracia que siempre me repita eso.

—Tom no es mi «dueño».

—¿Ah, no? ¿Y por qué haces todo lo que te manda? —Priscilla suelta un suspiro y se estira, perezosa—. Pobre Rebel. No tienes mucho en la azotea, ¿eh?

¡Ja! ¡Qué tonta es Priscilla a veces! ¿Cómo voy a tener azotea si no soy una casa? Vuelvo a correr hacia Tom, partiéndome de risa.

Una vez han acabado de ordeñar y esquilar, Mamá nos trae el almuerzo. Bueno, en realidad se lo lleva a Tom y a Papá; los perros no almorzamos. Lo sé porque siempre me están diciendo que pare de pedirles comida y los deje en paz. El almuerzo es siempre tarta fría y manzanas frescas y queso amargo de oveja, y huele genial. Tom va a esperar a que Papá no mire y me va a tirar un poco. Siempre piensa en mí. Es muy listo. Lo quiero muchísimo.

Después del almuerzo llevamos a las ovejas del Campo de Abajo al Campo de Arriba, que es donde está la mejor

hierba. El trabajo de Tom es quedarse con ellas hasta que se ponga el sol, para asegurarse de que no se escapen o las roben los ladrones o se las coman los lobos. Yo me quedo con él porque también es mi trabajo, aunque los lobos me dan miedo. Donde va Tom, voy yo. Yo soy su perro y él es mi niño. De ser necesario, moriría por él.

Poco después, Papá vuelve a la granja y Tom y yo nos quedamos a solas durante horas y horas. ¡Podemos hacer lo que queramos! Lo primero que hago es buscar un palo y llevárselo para que me lo tire.

Tom suspira.

—¿Siempre tienes que quedarte con el palo más grande que ves, Rebel?

—Uuu rrrrrr iii —mascullo con el palo en la boca.

—Ve a buscar otro más pequeño.

Hago lo que me dice porque soy un buen perro. Tom lo coge.

—¿Quieres que te lo tire?

—Sí, por favor. —Me muero de ganas.

—¿Este? —Sonríe y lo agita ante mí—. ¿En serio?

Muevo la cola enérgicamente. Me encanta que Tom haga eso.

—¿Estás seguro?

¡Qué maravilla!

—¡Sí!

—Vale, vale, para ya de ladrar.

Tom lo lanza y yo se lo traigo de vuelta. Repetimos eso una y otra vez. A veces Tom me persigue y a veces lo persigo yo. A veces corro solo y ladro, porque estoy contento y me encanta correr, aunque más que nada porque eso hace reírse a Tom, y ese es el mejor ruido del mundo. Después me tumbo panza arriba para que él pueda rascármela. Me encanta que lo haga.

—Rebién —me dice con cariño.

Es el nombre especial que me da. Suena un poco como «Rebel», pero también es porque soy muy bueno. Se le ocurrió a él. Es muy listo.

Tom y yo, los dos solos. Vale, ESTE es el mejor momento del día, ahora en serio.

Después descansamos. El sol ya empieza a hundirse tras las montañas, llenando el cielo de colores rojos y púrpura.

Desde el Campo de Arriba se ve el mundo entero, con todas las otras casas y granjas hasta donde alcanza la vista.

Tom saca papel y carboncillos de su morral y se pone a dibujar. Le encanta dibujar. Siempre lleva papel y carboncillos. Me recuesto en su pecho y absorbo su calor mientras él comienza un dibujo nuevo.

—Mira, Rebel: somos tú y yo subiendo por esa montaña.

Siempre nos dibuja juntos, como tiene que ser. Habla mientras lo hace. Las palabras le salen con tanta facilidad como los trazos. Dibujar es lo que le hace más feliz, incluso más que dormir.

—Dicen que tras esa montaña hay una cascada más grande que la de Brennock, y que a su alrededor crecen flores salvajes, como una alfombra que se extiende hasta el mar. ¡Margaritas por todas partes! ¿Te lo imaginas, Rebel?

No, no puedo imaginármelo. Nunca he visto una cascada ni el mar. Nunca he salido de la granja. No sé ni qué es una alfombra.

Tom tampoco ha visto nunca el mar; lo más lejos que ha llegado es al mercado de Connick. Siempre habla de los di-

ferentes lugares que va a visitar algún día, pero no creo que lo diga en serio. ¿Para qué salir si aquí tenemos todo lo que necesitamos?

De repente Tom deja de dibujar. Tardo un momento en darme cuenta de que ha visto algo.

A lo lejos, por entre los árboles, se ve un trocito del camino a Connick. Dos hombres caminan por él. Llevan chaquetas doradas, botas negras brillantes y cinturones negros brillantes. Y llevan mosquetes.

Son de la guardia del rey. Se los ve a menudo patrullando el camino de dos en dos o de tres en tres. Una vez Tom me contó que comprueban que todos los que pasan por allí tengan permiso. Que si no pagas a tiempo los impuestos al rey, te quitan el permiso, y eso significa que no puedes ir por el camino, y eso significa que no puedes vender en el mercado, y eso significa que no ganas dinero, y eso significa que te quedas sin beicon para desayunar.

Y eso no es lo único que hacen los guardias. También se aseguran de que nadie salga de casa por la noche. Y de que

nadie diga nada contra el rey. Si averiguan que has estado hablando mal de él, se te llevan y ya no vuelves. He oído a Mamá y a Papá hablar de eso entre susurros cuando Tom no está.

Mamá y Papá dicen que antes no era así. Antes del rey la gente podía decir lo que quisiera. Pero entonces el rey se hizo con el control y decidió que todo tenía que ser suyo. Hubo gente que se resistió. Los llamaban los Rojos. Pero no pudieron con los guardias y sus armas y se los llevaron a todos. El caso es que ahora ya no se resiste nadie y la guardia patrulla los caminos y así está el asunto.

Oigo un breve crujido atrás, como un huesecillo al partirse. Tom ha agarrado el carboncillo tan fuerte que se ha roto y se ha convertido en cenizas negras y polvo negro por encima de su precioso dibujo.

—Maldición —murmura, frustrado.

—¡Tom! ¡A cenar!

Oigo a Mamá antes que él porque tengo mejores oídos. Me doy la vuelta y ladro: esto es muy muy importante.

—Vale, vale —me susurra—. Tranquilo, Rebel.

No puedo estar tranquilo. No quiero estar tranquilo. Se acabó el trabajo, y ya podemos empezar el mejor momento del día de verdad.

Tom reúne al rebaño y lo guía de vuelta al Campo de Abajo. Yo voy delante, con el hocico alzado, hasta localizar el olor que busco. Ahí está, saliendo por la chimenea como un lazo dorado que se ondula por los campos hacia mí.

Guiso. Guiso de cordero. Un guiso de cordero fuerte, sabroso, tentador, calentándose sobre el fogón, cubierto con una piel. Guiso de cordero con zanahorias y gachas, servido con cucharón en gruesos boles de madera. El guiso de cordero significa huesos de cordero. Huesos de cordero significa médula. Y la médula significa una cena increíble y deliciosa para los perros buenos como yo.

De nuevo, tenía razón: hoy es un día absolutamente perfecto.

Para cuando Tom me alcanza, ya estoy rascando y rogando en la puerta de la granja. La abre y entro. La cocina parece refulgir dorada con el olor a cordero. Corro hacia mi bol ¡y ahí está! Un hueso de cordero sacado directamente de la

cacerola, humeante y con burbujitas de grasa chisporroteando. Estoy tan contento que doy vueltas en círculo y lamo el hueso entero. ¡Guiso, guiso, guiso, guiso, GUISO!

—¿Otra vez guiso? —resopla Tom mientras se deja caer en su silla.

—Cállate —le recrimina Mamá, y le da un golpecito con una cuchara—. Tienes suerte de que haya algo. Muchos de por aquí no tienen nada.

—Lo sé —murmura él.

—Había guardias en el camino —dice Papá mientras come alegremente.

Mamá se encoge de hombros.

—Siempre están por el camino.

—Pero nunca tan a menudo, ni tantos. No aquí, tan lejos del castillo. —Papá rasca su bol con la cuchara—. Tiene que estar pasando algo importante.

—Eso sí que sería un cambio —masculla Tom.

—Cómete el guiso —salta Mamá.

Acabada la cena, acaba también la jornada. Subo antes que Tom para calentarle la cama. Esa es otra de mis funcio-

nes tan importantes. Tom me sigue, más lento, y se quita la ropa de trabajo antes de tumbarse a mi lado. No sopla su vela de inmediato, como acostumbra a hacer, sino que se queda mirando al techo.

—Margaritas hasta el mar —suspira.

Ya está pensando de nuevo en cosas tristes. Últimamente lo hace mucho. Me arrimo más para que sepa que estoy con él, que siempre estaré con él porque soy su perro y él es mi niño y le quiero. Posa una mano en mi lomo, y su leve peso es el peso más perfecto que existe.

Cuando se le ralentiza la respiración a un ritmo constante y su cuerpo se hunde blandito en la cama, mi jornada acaba por fin y puedo irme a dormir como un buen perro.

Todas esas otras veces me he equivocado: ESTE es el mejor momento del día. Tom y yo entre las sábanas, calentitos y a salvo, sabiendo que hoy ha sido un día amable con nosotros y mañana también lo será, que tenemos todo lo que necesitamos y que siempre lo tendremos, porque nada va a cambiar nunca en la granja.

¿Para qué iba a cambiar si está todo perfecto?

EL DÍA EN
QUE TODO
CAMBIA

2

INTRUSOS

Desde el momento en que abro los ojos entiendo que todo va mal. Hay alguien gritando abajo. Es un hombre.

—¡No te he dado a elegir!

Salto de la cama y corro escaleras abajo tan rápido como puedo. No reconozco la voz. Eso significa que hay un desconocido en casa. Tengo que acabar con la amenaza. Tengo que proteger a Tom.

Cuando llego a la cocina, Papá está junto a la mesa, encogido y asustado, con el sombrero en las manos. Mamá está contra un rincón, mirando a los intrusos.

Son dos. Uno está en la puerta, impidiendo el paso. El otro está sentado en la silla de Papá, con sus botas llenas de

barro sobre la mesa y el mosquete en el regazo. Los dos llevan chaquetas de hilo dorado.

¡Guardias!

Veo al instante que son peligrosos. El de la puerta parece una babosa, el de la silla parece una rata. Ambos huelen mal, a peligro, a algo retorcido. Sé lo que pueden llegar a hacer las armas. Papá mata conejos con solo apuntarlos y apretar el gatillo. Gruño a los dos hombres. Rata se vuelve y me mira con sus ojillos de rata.

—¡Saca a ese perro de aquí! —grita.

Papá asiente enseguida.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

Intenta agarrarme por el cuello, pero yo me resisto y no dejo de gruñir. No puedo dejar que Papá me eche: tengo que ahuyentar el peligro.

—¡No, Rebel!

Tom entra corriendo en la cocina y me levanta con los dos brazos. Mira alrededor, confuso.

—¿Qué pasa?

Mamá señala a los intrusos.

—¡Quieren cobrarnos más impuestos, eso es lo que pasa!
Tom se pone pálido.

—Pero si ya hemos pagado este mes y el siguiente...

—Eso ya no es así —sonríe Babosa, burlón—. Nuevas órdenes del rey: doblar los impuestos.

Tom, atónito, replica con voz temblorosa:

—¡No tenemos tanto dinero! ¡Nadie lo tiene!

Los guardias ríen entre ellos.

—Mala suerte, chico —dice Rata—. Si no pagáis, no tendréis permiso para usar el camino. Si preferís moriros de hambre...

Noto que Tom está muy enfadado porque cada vez me aprieta más.

—¡No pueden hacer eso!

Papá le indica con un gesto que se calle.

—Pagaremos, pero dennos unos días.

—Me alegro de oírlo. —Rata se levanta y se ajusta el mosquete al hombro—. Ya puestos, también estamos buscando a un hombre que lleva una piel de lobo. Lo han visto por la zona. Es un buscálíos peligroso. El rey en persona ha

pedido su captura. Las órdenes son disparar a todo el que lo albergue.

Nadie tiene nada que decir a eso. Rata le hace un gesto con la cabeza a Babosa y los dos se vuelven para irse. Los crujidos de sus botas de cuero pulidas son lo único que rompe el silencio.

—Volveremos a finales de semana —añade Rata, mirando atrás—. Aseguraos de tener el dinero. Al último granjero que se negó le quemaron la casa y le llenaron los campos de sal.

Ya casi ha pasado por la puerta cuando Tom recupera el valor como para hablar.

—¡No vais a saliros con la vuestra para siempre! ¡Tarde o temprano la gente hará pagar al rey por lo que ha hecho, y entonces lo lamentaréis!

La escena se queda inmóvil como un gato sorprendido. Nadie se mueve hasta que los dos guardias miran a Tom.

—¿Qué has dicho? —La voz de Babosa es como una anguila que sale serpenteando de su cueva.

—A mí me ha sonado muy de rojo —dice Rata—. ¿Eres rojo, chico? Entre lo de hacer amenazas traidoras y lo de llamar Rebel a tu perro...

No tengo ni idea de a qué se refiere. No sabía que mi nombre significara nada malo.

Papá, presa del pánico, se coloca delante de Tom.

—¡No! Solo es un chaval, un niño estúpido.

Rata aparta a Papá de un empujón y se acerca más a Tom. Irradia peligro como una plancha irradia calor. Siento mucho miedo, pero tengo que ser valiente. ¡Tengo que proteger a Tom! Ladro y nuestro los dientes, pero el guardia no aparta la vista de él.

—¿Cuántos años tienes, chico? ¿Dieciséis?

La gente siempre cree que Tom es mayor de lo que es. Mamá dice que es porque es alto para su edad.

—D-doce —murmura él.

Rata le dedica una sonrisa burlona.

—¿Sabes qué le hicimos al último rojo que capturamos? Pegarle un tiro hubiese sido más misericordioso. ¿Crees ser lo bastante mayor?

Tom niega con la cabeza. Rata asiente en dirección a Babosa y parecen enviarse un mensaje silencioso por el aire, porque al momento Babosa va al mueble de los platos y alza su mosquete.

—¡No! —grita Mamá.

Babosa golpea y destroza con la culata hasta el último objeto del mueble. Papá corre a contener a Mamá, que cierra los puños mientras se le saltan las lágrimas en silencio. Rata no aparta la vista de Tom en ningún momento. Una vez acabado, se vuelve y sale de la cocina con paso firme, aplastando restos con sus botas.

—A finales de semana —insiste—. O tendréis que pagar el triple.

Babosa escupe en el suelo y lo sigue fuera.

Tom me suelta por fin. Corro, me acerco a los guardias y les ladro mientras se van de la granja. No puedo creerme lo que ha pasado. Estoy temblando de miedo desde la cabeza hasta la punta de la cola. No he protegido a Tom cuando debía, pero puedo hacerlo ahora. Tengo que asegurarme de que los guardias no vuelvan nunca. Les ladro y ladro, pero ni se inmutan y siguen caminando como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Mi voz suena pequeña e inútil al retumbar por la granja.